



Defensa dels mèrits del doctorand a càrrec del doctor Camilo José Cela Trulock

Nuevo saludo a un viejo amigo

La escena segunda del tercer acto de la tragedia que Shakespeare dedicó a Julio César nos enseña uno de los lances más hermosos y más famosos de toda la literatura en lengua inglesa: el discurso que Marco Antonio dirige al pueblo de Roma con motivo de la muerte del César cuando inicia la irónica descalificación de los conspiradores con las siguientes palabras: «Vine a enterrar al César y no a alabarle. El mal que hacen los hombres les sobrevive, pero el bien queda de ordinario enterrado con sus huesos».

Mi papel, en este acto que hoy aquí nos convoca, es tan ingrato como el de Marco Antonio, ya que comparezco ante ustedes, no para alabar a un viejo amigo entrañable y a un hombre al que admiro sin reservas sino para enterrarlo en las solemnes –y también efímeras- glorias del academicismo y el reconocimiento claustral. De tal guisa se consigue casi siempre sepultar lo bueno que puedan enseñarnos los homenajeados al tiempo que disfrazamos ese bien de ropajes sustitutivos. Manuel Tuñón de Lara sabe mucho de tales maniobras y quizá por eso siempre se ha mostrado, como yo mismo he intentado hacerlo con varia fortuna, un tanto ajeno y un sí es no es receloso ante las virtudes de las cátedras y las academias. Hay muchas formas de enterrar voluntades, y no pocas de ellas discurren por una vía en la que la loa y el reconocimiento esconde, en realidad, el propósito de marcar de cerca y esterilizar para siempre un pensamiento que se enseña libre y brillante o, lo que es lo mismo, peligroso por definición.

Pero, en este caso de hoy, la ceremonia también cuenta con un propósito distinto e incluso gozoso en su vertiente expiatoria. A Manuel Tuñón de Lara se le ha pagado no pocas veces su abnegación y su entrega con el mísero regateo de unas migajas de pan incapaces de significar ni siquiera el obvio insulto. Negar a uno lo que jamás ha solicitado y ni siquiera desea es una vía bien rara de mortificación, pero quienes confunden habitualmente los términos pueden ser capaces de proyectar sus propias carencias sobre los que se encuentran al margen de los cotilleos de mercado. Así la ceremonia académica cobra en esta ocasión un carácter e incluso un acento distinto, un aire encaminado a restituir las cosas a un sitio del que jamás debieron haber salido, aun cuando sólo fuera para ahorrar innecesarios sonrojos. Tomo la palabra, pues, con igual talante e intención con los que hubiera tomado la brocha capaz de engalbejar, quisiera suponer que definitivamente, aquello que en un día aciago se quiso torpemente cubrir de mierda (noble y precisa voz que me permito tomar de Horacio).

Manuel Tuñón de Lara ha sido durante toda su ya larga vida un hombre peligroso, un hombre que asumió voluntariamente la sentencia del poeta que nos animaba a vivir de tal manera. Y escogió, para ello, la difícil vía de mantener siempre su pensamiento absolutamente limpio y libre y, a la vez, atento sin fatiga al mundo de lo español, en un tiempo en que tales actitudes producían cualquier reacción menos el reconocimiento y la loa oficiales. Su generación, que es la mía, tuvo que debatirse incómodamente lastrada por la castración voluntaria o, lo que tanto monta, por la autoinmolación para todo cuanto significase una contribución política institucional, postura que en muchos casos era lo mismo que una contribución académica. Existieron entonces, claro es, raras y meritorias instituciones que supieron y aun pudieron hurtar el cuerpo a la tentación de la alabanza y sumisión al poder establecido. Me gustaría poder decir que, para honra de todos, la universidad española fue una de tales excepciones, aunque sería ésa una generalización quizá excesiva. Baste con el reconocimiento y recuerdo de que la universidad sí supo acoger en su seno a numerosos ejemplos de esa actitud rebelde, a la vez –que todo hay que decirlo- que dio cabida a no pocas de las más vergonzantes figuras de nuestra miseria intelectual.

En cualquier caso, lo cierto es que la postura ética de Manuel Tuñón de Lara le cerró durante casi toda su vida las puertas de la universidad española. Tuñón de Lara no se limitó a renunciar estoicamente a la gloria oficial, aquello que, bien mirado, es lo de menos, y a la vez que abominaba de una España encorsetada y caduca, dirigió sus numerosos y animosos talentos a redactar la crónica puntual y exacta de la otra España, la España real, terrible y desgraciada que había intentado sortear con innumerables guiños las trampas que el destino le tendiera a lo largo de los dos últimos lentos siglos.

Para poder hacerlo, a Tuñón de Lara no le cupo sino escoger la vía del destierro, esa dramática maldición de Dios, ese trance en el que el hombre, al decir de Esquilo, se mantiene tan sólo de esperanza. Todavía recuerdo, con un vago temblorcillo corriéndome por el espinazo, el momento en el que Tuñón de Lara salió de la tierra que lo vio nacer.

Y voy a contar algo que jamás conté. En la alta noche madrileña, allá por los primeros años cuarenta, aquel tiempo del que pocos de los aquí presentes pueden guardar memoria, Manuel Tuñón y yo nos encontramos de repente en un andén de la estación del Norte. Ni el lugar, ni la hora, eran habituales para ninguno de los dos y yo no recuerdo por qué causa estaba entonces al lado del tren, aunque sí conozca por qué estaba como estaba nuestro recipiendario: porque intentaba salir de España a hurtadillas y temía su posible identificación y detención en el último instante. La sorpresa del encuentro y el miedo a verse públicamente identificado y aireado le hicieron mirarme de soslayo –quizá con una vaga sonrisa cómplice en el mirar–, pero con toda la hondura, la tristeza y la altanería de un león que se sabe ignominiosamente herido de muerte y se niega a aceptar la situación sin lucha. Ambos bajamos la cabeza y nos cruzamos sin intercambiar ni una sola señal. El tren partió hacia Francia y, en aquel momento, sentí que en él se iba mucho más que un amigo verdadero. En realidad, con Manuel Tuñón se fue hacia el exilio la mayoría de las grandes esperanzas que todos teníamos en nuestra propia y vapuleada juventud. Pero tampoco la huida significó una solución definitiva porque años después, en su cubil de Pau y rodeado de las camadas de los nuevos historiadores que se hicieron a su cobijo en el sur de Francia, a Manolo Tuñón, que ya gozaba del reconocimiento universal de su talla como erudito e intelectual de prestigio, aún le lucía la mirada triste y atónita y orgullosa. Supongo que el pedazo de España que se había llevado consigo y engastado en lo más recóndito de su corazón, no había sido suficiente para restarle dolor y soledad.

Este homenaje que le brindamos hoy a Manuel Tuñón de Lara significa, en cierto sentido, la devolución de algunas de las muchas añoranzas que se le han ido negando a lo largo de los años, de muchos años. Final y felizmente instalado en una cátedra de la universidad española (una cátedra que, ¡ay!, hubiera podido ser mallorquina y no lo es), podemos alegrarnos al descubrir que la mirada de Tuñón de Lara ha cobrado un nuevo punto de dulzura y otro de sosiego. Dice el refrán que no hay mal que cien años dure, pero con tan chico consuelo no han de contentarse sino los míseros y pacientes y eternos aspirantes a la derrota. Manuel Tuñón de Lara ha vencido, al final y a la postre, y aquí tan sólo levantamos acta de su feliz y triunfal regreso. En nuestra alegría, sabemos que ya para siempre estará entre nosotros.

Esta solemne ceremonia exige que yo dé cuenta de los logros intelectuales del doctorando, aunque la más elemental prudencia me prohíbe abrumar al auditorio con la ingente sucesión de datos de los que la mayoría constituye ya un tema de cultura general. Voy a referirme, para cumplir con el compromiso, a algunos puntos espigados de su sobresaliente currículum universitario: licenciado en Derecho por la Universidad Central en 1936; doctor de Estado en Letras (el más alto grado de doctor en Francia) en 1977; catedrático de la Universidad de Pau en 1978; doctor honoris causa por la Universidad de Zaragoza y catedrático de la Universidad del País Vasco en 1983, amén de múltiples y muy honrosas nominaciones y distinciones en el mundo entero, nuestro recipiendario es autor de más de dos decenas de libros claves para el mejor entendimiento histórico de España, y de innúmeros artículos esclarecedores de cien confusos instantes; permítaseme que deje constancia pública de que alguno de esos clarividentes escritos vio la luz aquí en Mallorca, en los desaparecidos *Papeles de Son Armadans*. Vaya hacia él, en esta hora gozosa en la que nosotros lo recibimos en esta Universidad, nuestra mejor gratitud por tantas y tan sabias enseñanzas como siempre nos brindó.

Estos y otros muchos que me callo para no agobiaros son, dignísimas autoridades universitarias, mis queridos claustrales, los avales académicos de nuestro doctorando. No quisiera dejar de añadir a la nómina un argumento de índole emotivo, quizá poco ortodoxo en los legajos del expediente de un doctorado honoris causa, pero quizá inevitable en esta ceremonia. La Universidad de Palma de Mallorca incorpora hoy a su seno a alguien que es mucho más que un historiador prestigioso y un hombre de bien. La Universidad de Palma de Mallorca recupera hoy una dignidad que en ocasiones hubo de tambalearse a impulsos del error y la vacilación. Y lo que es todavía más importante, lo hace por el recto camino académico y de espaldas al principal y posible agraviado. Porque en la mirada de Manuel Tuñón de Lara hay muchas sensaciones, muchas emociones, muchas memorias, pero en ella jamás ha tenido cabida el rencor.

Camilo José Cela.